

guez Puebla; llamaba la atención el gran Molinos del Campo, entre los jurisconsultos; el Dr. Arrillaga entre los eruditos, por su sutileza, y sus amores el Lic. Conejo, por sus tretas Barrera, por su mundo Puchet, por su desembarazo y prosopopeya Tornel y otros políticos de vista disolvente que formaron después variados é inconsecuentes cuadros en nuestra vida histórica.

Solía descolgarse en la amena tertulia Fr. Pingajo, fraile alegre y despreocupado, glotón y fresconote que reúne todas las voluntades, avasallaba y destrozaba desde la vieja cocinera y la maritornes de seno levantado y pierna redondeada y maciza; pulsaba diestramente la vihuela de siete órdenes, y cantaba las boleras del *Pajarito* y las del *negro Charamusquero*, intercalando en las primeras el silbar del saltapared, y en las segundas, con el grito ronco y destemplado del negro vendedor de charamuscas. Tenía las bolsas ó subterráneos del hábito atestados de reliquias, medidas, medallas, panecillos de San Nicolás, y primores para sus obsequios. Si penetraba en la cocina, dejaba consejos para la res, el pato en pesadumbre ó la chacualole, ó dulce de calabaza, ó guacamole con todas sus cosas de la despensa; salía con la boca llena de queso ó aceitunas, ó jamón, ó lo primero que encontraba; daba á los chicos lecciones de crotalogía ó arte de tocar las castañuelas y, sobre todo, su literatura de perversión de verdaderas sociedades, alusiones á las flaquezas del cuerpo humano, y chistes que no podían escucharse sin llevarse el pañuelo á la nariz, eran el fuerte del

padrecito, quien así, así, tenía la confianza de las ancianas, las intimidades de las pollas, las comisiones pingües para funciones y misas, y encuendaduras de matrimonios que á otros hubieran parecido imposibles.

Blanco, copetón, chato, de color encendido y carrillos abiertos; boca de labios gruesos, y dentadura blanca, reir alborotador y ruidoso, voz meliflua; he ahí un tipo que pudiera pasar no sólo por ideal de las beatas, sino de toda la gente de buen gusto.

Entre hombres solos y calaverones de confianza, el padre contaba la leyenda de la madre Valdés, de Regina, y el rapto de la monja de la Concepción, el salto mortal de otra madrecita de la torre de Santa Isabel, y las intrigas, riñas, cuchilladas y asesinatos, provenientes de algunos capítulos de los frailes.

Con los rancheros era buen jinete y comedor de barbacoa, y con la baraja en la mano la corría desde el albur, el gallo y el entrés, hasta las palomitas, que era como quien dice el Omega de la ciencia de Birján.

En esta especie de aparador social y muestrero que describo, no pueden dejar de hacer su papel los catrines de la moda de la época, ni de figuras, esclavinas y barraganes, talmas y levitones; forzosamente tienen que aparecer pantalones de piel de tuza y colonia, chaquetas largas y chalecos cortísimos, huácaros y fracs de pico de gorrión, relegándose á la clase más de abajo la pana y la coletilla, la banda de burato, la camisa al descubierto y el ancho sombrero de panza de burro.

En ese aparador podía estudiarse al joven Burrifacio, mal tallado y bolsudo, silencioso, servil con su vieja protectora, á quien achacaban intimidaciones bien disimuladas, y que en un día de trueno resultaba seductor de la niña, hija de su bienhechora, y con derechos paternos con un viajero próximo á llegar á la playa mundanal.

Podrá fotografiarse á Toribio Barrera, plagio de Abelardo; de ojo verde, nariz de águila, color cetrino y mirar fijo, y embutidor apasionado de la sobrina del reverendo (permitiéndose sus paréntesis con las criadas y las figoneras de la esquina).

Descollaba en el grupo con universal prestigio Bisbis, el hombre de la ubicuidad, que servía á todos y para todos. Ayudaba la misa al capellán de San Juan, y era el *trait d'union* entre la madre contadora y su confesor, Fr. Lesmes; á las ancianas les hacía sus encargos de géneros, pagos y cobranzas; en una enfermedad era el primero que corría por el médico, y volvía triunfal con las cucharadas y la cazuela con la cataplasma; para las veladas de un enfermo no tenía rival, ni dejaba á nadie pegar los ojos con sus cuentos y chistes; en la mesa trinchaba, cosa bien singular entonces; disponía el orden del *menú*, y corría de la mesa á la cocina, vigilando sobre el buen servicio; en los bailes se le autorizaba para que ajustase los músicos, se proveyese de esperma, y dispusiera la mesa y los platos circulantes de puchas, rodeos, queso, raviolos, y aguardientes; comisionado para un entierro, se arre-

glaba con pobres del Hospicio y trinitarios, coches de duelos, cantores, sepulcro y epitafio. Aparecía Bisbis en todas partes, oportuno, risueño, comedido; sabía medicinas y recetas de guisos; oraciones para maravillar, y versos para todas las situaciones de la vida.

Las *gatas* de entonces se reían maliciosas á su paso; las damas circunspectas veían en él al dueño de sus secretos; las viejas le citaban con misterio para sus encargos, y ciertas polluelas en sazón de amor bajaban los ojos, ruborizadas cuando les dirigía miradas de íntimo recuerdo.

Para charadas, adivinanzas, cuentos y juegos de prendas, no tenía gallo; y eso de adivinar el alfiler, remedar personajes notables, relacionar una procesión ó un coloquio, cuando él lo ejecutaba, tenía mil encantos.

Pero para mí, entre esta curiosa colección, quien me seducía y subyugaba, era un Magdaleno Contingencia, joven con ley de viejo; todo contradicciones y viceversas. Enamorado como Cupido y feo como Picio, que dicen era el ideal de lo feo. Cobarde como una liebre, y arriesgado como un yankee en el trapecio, pobre como Aznar, y con ínfulas y pretensiones de millonario, desdichado como Corula, ronco, y amigo de saraos y aventuras como el más pintiparado condecito. Maleno Contingencia podía apostárselas con Lázaro de Tormes ó Guzmán de Alfarache, con Gil Blas ó Periquillo en materia de aventuras.

Niño, se hizo célebre por el asalto á un caso de miel, suspendido en la dispensa sobre una tabla colgante;

sus cómplices no le sujetaron la **tabla**, y desviándose el caso produjo una catarata de **almíbar**, que le bañó del pelo al pie, quedando en **conserva**, haciendo estu-
pendo ridículo.

En el colegio de Letrán no se supo **una** cátedra ja-
más; pero escribía como amanuense **el Burro**, periódico satírico, que redactaba **Rodríguez de San Miguel**, y su recompensa era **reconvenciones y palizas**. Se unía á Pepe Carrasco, el mismo **general Carrasco** de la Frontera, para insultar á **seminaristas y albiñacos**, y salía descalabrado ó perniquebrado.

Convidólo á tomar chocolate y **chongos** el doctor Barrientos; acudió á la cita, pusieron **una** mesa espléndida: chocolate, mostachones, **tostadas** de mantequilla, y el gran platón de **chongos con sus** rajadas de queso, que no había más que ver.

El chico sorbió el chocolate y **devoró** medio platón de bizcochos. Al servirle los **chongos** le sirvieron pocos y no hallaba cómo pedir más. **La casualidad** vino en su auxilio: el criado, al **despavilar**, **apagó** la vela, dejando á obscuras á Madaleno y al **Rector**. . . . Madaleno, sin miramiento alguno, dió á **sus** dedos el giro del platón y engulló **chongos y queso á su** sabor. . . . Al aparecer el criado con la luz, **vieron** cruzado el mantel por hebras de queso que **partían** del platón al asiento de Madaleno, y aquello fué **un horror**.

Era jugadorsísimo y concurría á **un garito** secreto y disimulado en la calle de la Pila **Seca**, donde pretextaban unas señoras tertulias y **loterías**.

Una noche, en lo más fervoroso del juego, anunciaron á la policía: unos corrieron, salvando azoteas; los otros se escurrieron entre los mismos esbirros; Madaleno había quedado en medio de la pieza como tonto en vísperas. Entonces la señora de la casa lo dobló y colocó bajo un sofá, haciendo se sentase sobre él, para cubrirlo, una matrona rolliza de amplio vestido y de **gravadosa** catadura.

Al penetrar á la sala la policía, todo estaba en orden: unas señoras cosían, y otras, en una mesita, jugaban brisca. Pero, entretanto, el tapado se ahogaba; hacia por contener la tos y no podía; por último, llevó su mano respetuosa á las piernas de la señora para que las desviara y lo dejase respirar. . . . la señora se hacía disimulada; él, asfixiándose, fué más exigente: entonces la señora, dando una torcida interpretación á las insinuaciones de Madaleno, no pudo resistir, y se levantó diciendo:—¡Ah pícaro! que se lo lleve á Ud. la policía, que primero es mi honra. Por último, y para cortar esta relación que haría interminable, me referiré á una de sus aventuras más características.

Enamoróse como un tuerto, como un burro prieto, de una chica adoradora de los valientes, una militar en toda regla, que traía en la punta del dedo las calaveradas de Miñon y Laseurain, Barbery y Pepe Miñ. . . . Quería un novio que fuese una tempestad y había emplazado el sí de Madaleno para cuando se portase complaciente á su gusto.

Ya hemos dicho que Madaleno era un mandria de

primo cartel, y así es que se pasaba de turbio en turbio los días ideando planes y compaginando lances que, **sin** comprometerlo, le diesen reputación de valiente. Ocurrióse ver á un amigo, de torva facha y modales bruscos, ranchero de uno de los pueblos de Guanajuato, á quien le dijo:—Yo tengo necesidad de fingir frente á una casa pleito contigo: te reconvegno; me contestas mal; te acometo, haces la farsa de abalanzarte, te **dejas** dar dos ó tres trompadas, y te ganas dos pesillos como soles. El ranchero, que mordía de hambre las **paredes**, cerró trato y acudió á la cita.

—¿Qué hace Ud. aquí?—le dijo Maleno.

—Una friolera. . . . lo que me pega la gana.

—Es que no lo permito.

—¿Es Ud. policía?

—La calle es de todo el mundo.

—Lo echaré á Ud.

—Veamos cómo.

Y empezó la frasca, empujones, sopapos de muertos, gritos. . . y la Dulcinea en el alto balcón gozando con los bríos del amante. Alentado éste con la impunidad, **menudeó** los golpes. . . . pero sea lo que fuere, **derrepente**, enojado el ranchero después de un golpe que le **dolió**,—¡Hola!—le dijo—¿con que va de veras? Y **entonces** aquello fué una granizada de cachetadas y **trompones**: rodó al suelo Madaleno, se alzó, y huyó **desparvorido**, dejando tirado el sombrero y el amor en medio de las risas y la burla de la señora de sus pensamientos.

Cuando estaban en acción todos estos personajes,

se puede decir que se iluminaba un cuadro característico de la época.

La Academia de Letrán continuaba sus trabajos. Rodríguez Galván publicó en los Años Nuevos de 1838 y 1839 composiciones realmente notables por su belleza y corrección; había intentado no recuerdo qué absurdo dramático Manuel Payno, en que sin motivo y por la naturaleza del círculo estrecho de nuestra sociedad, le sonaron alusiones y sátiras y el nombre de un criado Loperena, omónimo de un guatemalteco favorecido en negocios de agio por la fortuna; hubo una zambra de chismes y disgustos de la que hasta ahora no me explico cómo salió ileso.

Con motivo de los ensayos de alguna de las obras de Rodríguez, creo que Muñoz ó el privado del Virrey, le sorprendió ó transparentó la pasión intensa de Rodríguez por Soledad Cordero, dama joven, discípula de Salgado, de escaso mérito dramático, pero muy querida del público por su conducta inmaculada y sus virtudes privadas.

Rodríguez, concentrado y taciturno, tímido como un niño para con la señora de sus pensamientos, vehementísimo al sentir á sus solas aquella pasión tan combatida por la posición de Soledad y la mala fortuna de Ignacio, acaso fué lo que más poderosamente influyó en determinar su salida dolorosa del país que le arrancó los desgarradores gemidos de

Adiós ¡oh patria mía!
Adiós, tierra de amor.

que dejó regados en nuestra mente como indicantes de su tumba en la Habana, donde falleció pobre, aislado y casi desconocido, en 25 de Julio de 1842.

Yo había recitado mi oda en la distribución de premios de 1837, y el Sr. D. Bernardo Couto, con ese motivo, me había hecho entusiastas alabanzas, que como es natural, escuchaba un si es no es satisfecho y pedantuelo.

Fernando Calderón había dado con éxito extraordinario sus obras á la escena, él mismo las ensayaba, porque representaba muy bien, y con ese motivo se hizo el consultor, el amigo íntimo, el todo, no sólo de actores y actrices sino de los criados más oscuros del teatro y hasta del apuntador que llevaba con garbo el apodo de «Hoja de lata» y que era una notabilidad en su género.

Así, como á la caída de la tarde, al retirarnos de un jardín delicioso en que el día nos ha brindado contentos y nos ha embriagado de placeres, al volver la cara vemos flores y arbustos, escuchamos los acentos lejanos de la música y los gritos y palmadas de los que quedaron en el festín, rodeándonos las sombras, medio borrándose y ahogándose en ella los objetos y dejando sobresalir en ellos el árbol corpulento y el mirador, la torrecilla y el asta con la veleta tornadiza, así percibo el crepúsculo de esta época sobresaliendo aislados recuerdos que tienen casi integridad de forma y colorido.

Entre estos recuerdos aparece el año de 1837, el 22 de Noviembre, el gran temblor de Santa Cecilia. Un abuelito lo describía diciendo: «La tierra se hacía como un hombre ebrio; las piedras se chocaban; las fuentes derramaban sus aguas; las campanas sonaban solas; las gentes aullaban pidiendo de rodillas misericordia; los sacerdotes se postraban besando la tierra, y los cuadrúpedos, temblando, espantados, abrían sus patas para apoyarse mejor.»

Muchas casas se desplomaron: la gran bóveda de Catedral se rajó, y se dijo, premeditadamente, que amenazaba ruina, para quitar de ella, y fundirla, la lámpara colosal de plata que se veía como sorprendente trabajo artístico y era objeto de universal admiración.

En el tazón ó fondo de la lámpara cabían cómodamente diez y ocho hombres sentados, quedando hueco para colocar la escalera en que se ascendía á iluminar el remate ó corona de la lámpara monstruosa.

Entre los recuerdos de que hablo, que se refieren al año de 37, brilla el de la translación de los restos del Sr. Iturbide.

Sea porque el Presidente Bustamante adoraba en la memoria del Jefe de las tres garantías, sea porque vivían militares influyentes y colocados en los destinos más pingües y respetables, la solemnidad fué magnífica, y no por el lujo espléndido de carruajes, de cirios, de cortinas, flámulas y gallardetes, sino por lo espontáneo, por lo sincero y por lo unánime del sentimiento universal. El silencio, lo fijo de los semblantes, lo in-

móviles de los cuerpos, lo pausado y grave de la gran procesión, daba al conjunto el aspecto de un panteón inmenso, en que los cadáveres á millares se habían puesto de pie para tributar homenaje eterno al ser extraordinario cuya memoria se honraba.

El cortejo fúnebre se dirigió á San Francisco, donde se dispuso una capilla ardiente, mientras se disponía lo necesario para colocar los restos venerados en la capilla de los Reyes de Catedral.

El año de 37, fué delos de aquel en que alcanzó más solemnidad la venida de la Virgen de los Remedios á México, y su visita en las noches á los conventos de monjas.

Los antecedentes milagrosos de la Virgen; las peripecias de su estancia bajo la tutela de Juan Bernardino, la investidura que se dieron las monjas de Jesús María y las numerosas y novelescas diferencias entre el Cabildo y el Ayuntamiento, hacían que el Regidor de Fiestas echara el resto, como se dice vulgarmente, en esas diversiones religiosas.

La Virgen recorría los conventos, y cada uno de ellos se esmeraba en obsequios espirituales para la imagen, y suculentos y positivos para los devotos.

Poníanse en las bocacalles gigantescos arcos triunfales, tapizábanse las paredes con espejos y pantallas, en los balcones resplandecían faroles y candelabros; y dinteles, molduras, mecheros y bordes de azoteas, eran fajas reverberantes de candilejas, trastos con brea, hachones, sin contar los numerosos candiles y las visto-

sísimas lámparas que se balanceaban con el viento y recibían los diluvios de flores que regaban el suelo al tránsito de la árbitra poderosa de las aguas.

Templos y teatros, grandes tertulias, cantamisas y procesiones, toros y entierros de grandes de la tierra, lides literarias y vagidos de escritores y poetas, todo esto pertenecía para mí á la superficie social.

He hecho mención especial de las visitas de Nuestra Señora de los Remedios, porque desde 1840 decayeron mucho, y porque se trata de una imagen legendaria, contrapuesta por la *gente piadosa* á la Virgen de Guadalupe, que, como es sabido, era y es mirada por muchos como especial favorecedora de los Insurgentes. Pero no se crea por esto que apocamos las luces, y mucho menos los ritos y las loas con que en los pueblos de los alrededores se celebraban á los santos patronos.

Imperdonable omisión sería callar la narración de las luces de San Agustín, de la Merced, de Portaceli, de Regina, de la Virgen del Pilar y otras convocatorias á los placeres, pábulo del pequeño comercio y de las industrias de poca fortuna é irresistible atractivo para los solaces furtivos de la concupiscencia callejera.

Luego que estaba en sazón el tiempo para el santo festejable, recorrían el circuito comprometido en la

fiesta, padres y sacristanes limosneros, recogiendo dádivas y repartiendo invitaciones en verso, en que se encarecía el riego y compostura de las calles; faroles y cortinas; cámaras y cohetes los días de la novena.

La iglesia, con ayuda de los vecinos, se convertía en una taza de oro y en un verjel; colgaban de las bóvedas bandas y gallardetes, lámparas y candiles; los santos de los altares aparecían en gran *tenu*, con sus rostros lavados y sus vestidos nuevos, y el presbiterio se convertía en un verjel, con barriles de naranjas, floripondios y granados, macetas con rosas y geranios, claveles y azucenas, y á la vez que los candiles con luces espléndidas, oscilaban sobre ramas y flores jaulas con aves canoras, que mezclaban dulcísimos trinos á los sonoros cánticos que acompañaba el órgano.

Las calles de los alrededores del templo se terraplenaban y componían las paredes y fachadas, se pintaban, restaurándose rubros, anuncios y muñecos, y todo cobraba aspecto fandanguero y seductor.

En las orillas de las banquetas se instalaban los puestos de naranjas y cañas, perones y plátanos, cacahuates y mezcal ó penca de maguey de mezcal.

Ladeábanse esos puestos con cajones de tapabocas y pasteles ó mesillas con *tepache* y algunas aguas lojas; la enchiladera tenía su lugar aparte, proximo, por supuesto, á la pulquería, y allí gritaban: «¡cómemel, cómemel!» los envueltos y chalupas, las quesadillas y las tortillas en su hojalata con manteca chillante, sus

ollas con salsas picantes, sus montones de cebolla picada, y su sal y pimienta, según lo requerían los potajes.

La enchiladera era mujer *experimentada*; trenza grande y cuello *laboreado* de gargantillas y relicarios, anillos de plata en las manos y aretes de calabacillas de corales.

Ojo listo, nariz chata, lengua retozona y fácil, y la palabra que interrumpía, la carcajada escandalosa, ó cortaba la injuria precursora del arañó, la mordida y la *desmechadura*.

En la parte alta de los balcones flotaban cortinas blancas con listones y marcos de santos, y en el centro se veían arcos de tule, sembrados de flores ó de tápalos, pañuelos, fajas y colgajos que se mecían alegres con el viento.

Pero lo constituto de la fiesta eran las luces.

El cuadro que acabo de describir se animaba con inmenso gentío, y se iluminaba como produciendo un día de llama con faroles, hachones, candiles, candilejas, luminarias. En las puertas de las accesorias y casas de comercio donde no había faroles, era porque la *linterna mágica* convocaba á la gente ó porque se admiraba curioso altar.

En el concurso compacto que aparecía como espaciosa caja de pinturas con los panecillos revueltos, se distinguía compacto, completándose ó degenerando, el rebozo y el tápalo de china, el morrión del soldado y el sombrerote del lépero, la calzonera y la sotana, la

enagua de castor de la china y la lana deficiente de la india enredada.

De pronto cruzaban los aires con estrépito los cohetes *corredizos* con su cabellera de llamas; las músicas de los templetos aturdían; los vendedores se esforzaban en proclamar sus mercancías; los chicos saltaban entre las llamas de las luminarias y no faltaba una riña ó un fandango que comunicase interés dramático á la vistosa y animada escena.

Con motivo de estas festividades religiosas, todas las vecindades del templo, fuente á la vez del entusiasmo religioso y del alboroto profano, cada casa se aseaba y predisponía á la recepción de visitas; las fondas endomingaban á sus maritornes; las casas de comercio, tendejones, pulquerías y vinaterías, eran activas fábricas de contento, retozo, riñas y algazara, sazonzándolo todo, tertulias y bailes, de escaleras arriba y al ras de la calle, fandangos y *cantidos* de *quebranta huesos*, como se llamaba el desenfrenado placer del *pópulo bárbaro*. En todo esto, lo indescriptible era y es ese espíritu que todo lo anima, ese gozo íntimo, esa palpitación general que como qué verifica y derrama fragancia en el alma, y centuplica por todas partes el poder del sentimiento, así como llamarían los místicos *comuni6n de las almas*, que es como luz intelectual que ilumina y embellece cuanto alumbra.

Mi decidida afición por las leyendas y cuentos del pasado, me llevaba al centro de archivos vivientes, de tradiciones y consejas, y de ellos saqué, entre diluvios

de anacronismos, contradicciones y mentiras, lo siguiente, que adolece de los mismos tropiezos é inconsecuencias de narración que tuvo al nacer mi relación.

Poco antes de la independencia conservaban cierto verdor los minués, aunque aparecían disputándole el terreno el repicar de las castañuelas, el olé y el campestre para la gente encopetada, y para la *peluca* el Pan de Jarabe, no sabemos por qué llamado así.

Los cantos insurgentes fueron varios, y se distingue la Indita, que era como el canto de las tropas de Morelos.

Esparciendo luz, abriendo divinos horizontes á las almas, tronó por todos los ángulos del país:

¡Viva la Independencia!

¡Viva la Libertad!

¡Viva México libre,

Y viva la igualdad!

Y esto tan árido, y al parecer tan frío como apenas existente en el recuerdo, enloquecía de entusiasmo, porque era un pretexto cualquiera para desahogar en el alma la explosión de ese sentimiento que es la vida y el ser del hombre, y que se llama la libertad.

El jarabe, al que muchos eruditos asignan genealogía morisca, por poco que se observe, tiene que traducirse en ese albor de amor, flor de la Primavera, del corazón inmortal en su esencia, seductor y tierno hasta no más.

Es la invitación y el requiebro, el canto del ave y el piafar y el caracoleo del caballo salvaje.

Vedlos: se reconocen, se **espían**, se acercan y sue-
na la copla:

Oigasté, güerita santa,
La de la mascada negra:
Dígale usted á su mamá
Que si quiere **ser** mi suegra.

Mientras dura el canto **accionan** los bailadores y se establece una corriente **inmaterial** de miradas, de caricias y besos capaz de **incendiar** un poste de cantería.

Durante el verso se **subentiende** la correspondencia y sigue el zapateo, que es como el acuerdo, la rabia y la convulsión del placer; se **repican** los pies, se descoyunta el cuerpo; el **retembaleo** es como la desarticulación del individuo que al **fin**, rendido, descansa en el éxtasis al murmurio de una **música** apagada y discreta.

El drama de amor termina **con** un estribillo epigramático y cancanesco que **sirve** como de caricatura al himno erótico:

Estaba una **vieja**
En su balconcito
Gritándole al **gato**:
Bichito, bichito....

para que hiciera aplicaciones **y** comentarios la malicia de los concurrentes.

La gran prueba de los **buenos** bailadores de jarabe, es que la parte superior del **cuerpo** se conserve rígida, agarrotada y sin inflexión, **mientras** los pies se desmorrecen y desporrongan en **posturas** increíbles, en

pespuntos y rasgueos, en el escobeteo y la cuchillada. Y para hacer visibles las condiciones mencionadas, había bailadores que llevaban un vaso de agua en la cabeza que sostenían sin derramar una gota, teniendo atados á los pies puñales y cuchillos que esgrimían con rara habilidad.

Por los años que estos recuerdos comenzaron, se bailaba el **dormido**, ó sean variantes del jarabe con su música, y representado *así como otros sonecitos del país* (*Trompito, Perico, etc.*). Para la gente de alto quirió ya eran conocidos, como hemos visto, los bailes de Pautret, y en los grandes salones aun dominaban las boleras, el wals del amor y complicadas contradanzas.

Con cierta chunga andaluza llegaron á México «La Petenera» y «La Manta.»

La Petenera, señores,
Nadie la sabe cantar;
Sólo los marineritos
Que la cantan en el mar.

—
¡Ay! remonona mía:
Si para divertir
Tú llevaras la manta,
Yo á la manta y á tí.

La **Cachuca** atravesó por los años de 30 oliendo á brea y el **Gato** picaresco que parecía saltar entre la gente de trueno:

Mamá mía, su gato me araña,
 Con su cola peluda me asusta:
 Digasté si será cosa justa
 Que se vaya atrevido á mi cama.

En las canciones de estrado tomó asiento gravadoso
 el *físico* que la pedantería y la ignorancia estropeaban
 á porfía:

Soy físico, retórico y poético,
 Astrónomo, geógrafo, hidráulico;
 Y soy, sin duda, el hombre más científico
 Si llego á enamorar.

Ya verán los maestros de la escuela moderna que
 esas grandes aspiraciones á lo científico vienen de
 tiempos muy atrás.

Arrebatando lauros, proclamando su dominio las pol-
 las y los pollos, seguido de bandolones, jaranitas y
 flautás, apareció el Periquito adueñándose de corazones
 y pantorrillas:

Señora, su periquito
 Me quiere llevar al mar,
 Y yo le digo que no
 Porque yo no sé nadar.
 Pica, pica, perico:
 Pica, pica la rama, etc.

En vano quiso sostenerse el *Trompito* para disputar
 al *Perico* su primacía; el *Trompito*, como otros sonos,
 era bailado y representado. En el *Trompito*, cuando
 lo pedía la copla, se enredaba el trompo, se le cogía
 en la mano y se hacía ó figuraba que dormía con ges-
 tos y ademanes, á *sigún* la concurrencia:

Anda muchacho,
 Vete á la escuela
 Porque se enoja
 Tu tía Manuela.

Él lo tiraba,
 Él lo cogía
 Y en la manita.
 Se le dormía

En la parte alta se lucían el «Zorcico» y el baile in-
 glés, y se cantaban «La Posesora», «El Ámbar» y «El
 Susurro», canciones hechas adrede para almas román-
 ticas de *precios cómodos*, como diría un comerciantue-
 lo de la época.

«La Posesora» se cantaba con los conocidos versos
 de Arriaza, entonces muy en boga entre nuestras da-
 mas; uno de los versos del «Susurro, según recuerdo,
 decía así:

En la noche, al susurro del viento,
 Viendo opaca la faz de la luna,
 Lamenté mi contraria fortuna
 Con suspiros de amarga aflicción.

Formaba contraste esta queja de trovador melancó-
 lico con el «Malcriado», que aún vivía, y se bailaba
 con sombreros anchos, mangas embrocadas, calzone-
 ras y sables de vaina de acero que se arrastraban du-
 rante el baile, se sacaban y esgrimían en un momento
 dado, calentándose los combatientes y dando lugar á
 escenas grotescas.

Alborotando los barrios y salpicando accesorias y